

TRATADO  
DE ECONOMÍA POLÍTICA

---

PLUTOLOGÍA

---

LIBRO PRIMERO  
DE LA FORMACION DE LAS RIQUEZAS

---

CAPITULO PRIMERO  
DEFINICIONES JENERALES

---

§ 1º. — Definiciones de palabras.

La *necesidad* económica es un deseo que tiene por fin la posesion i el goce de un objeto material.

El trabajo económico o industrial es el esfuerzo que el hombre hace para apropiár los objetos materiales a la satisfaccion de sus necesidades, bien sea conservándolos, o bien transportándolos, o bien transformándolos.

La propiedad que tienen ciertos objetos materiales de poder servir a la satisfaccion de las necesidades d el hombre se llama *utilidad*. Es *útil* el objeto que tiene semejante propiedad.

Se denominan *riquezas* todas las cosas materiales útiles apropiadas por una sociedad o por un individuo.

*Producir* es dar utilidad a una cosa que no la tenía o aumentar la que tenía anteriormente. *Produccion* es la accion de producir, *Y producto* la cosa a que el trabajo ha dado o añadido utilidad.

*Consumir* es destruir la utilidad de una cosa o disminuir la que tenía anteriormente. *Consumo* es la accion de consumir.

Frecuentemente se dice en sentido figurado *produccion* i *consumo* para designar lo que ha sido producido i lo que ha sido consumido.

Una suma de riquezas, considerada relativamente a su duracion por cierto tiempo o cierta serie de operaciones, se llama *capital*.

§ 2. — De las necesidades.

Las necesidades económicas forman entre los deseos humanos una clase aparte : se distinguen de las otras en que tienen por objeto la posesion i el goce de tal o cual parte del mundo material, sea en el estado en que la naturaleza nos la ofrece, sea transportada, transformada o conservada por el trabajo. La necesidad puede nacer del cuerpo, fisiológicamente; puede tambien nacer de un movimiento voluntario del alma, en todos casos es un resultado necesario de la constitucion misma del hombre, un fenómeno primitivo, elemental.

No hai hombres sin necesidades : el salvaje de mas limitada intelijencia, el cínico i el asceta que dirijen todas las fuerzas de su voluntad a la reduccion i aniquilamiento de sus necesidades, sienten al ménos la de comer. Este es el mínimum que el hombre puede o no satisfacer, pero que si no satisface cesa al punto de vivir.

La necesidad es para nosotros un compañero inseparable : satisfecha, produce un goce, i no satisfecha un sufrimiento, provocando así al hombre a la accion por el dolor i por el placer, por el temor i por la esperanza. La

necesidad es pues el principio i, si puede decirse así, el resorte que da el impulso primero al trabajo industrial bajo todas sus formas i le imprime el carácter de un hecho permanente, necesario, que nada interrumpe : el hombre trabaja doquier i sin cesar en apropiarse a su uso los animales, las plantas, la tierra, el mar, la luz i hasta las fuerzas misteriosas e invisibles de la materia.

La necesidad acompaña al individuo en todos los momentos de su existencia, i a las sociedades en todas las facetas de su civilizacion; se la puede contener un instante, nunca destruirla. Las necesidades del cuerpo hacen sentir su aguijon cada dia, i si tienen hasta cierto punto límites en el espacio, no tienen otro en el tiempo que la duracion misma de nuestra vida : se aplaca el hambre de hoy; pero no se puede satisfacer de antemano el que se hará sentir otro dia. En cuanto a las necesidades del alma, participan de su naturaleza infinita : si la voluntad o la necesidad pueden reducirlas en un momento dado, no por esto tienen límite alguno, ni en el tiempo, ni en el espacio. Así la necesidad tiene un mínimum mas allá del cual cesa la vida, pero no tiene ni máximum conocido, ni límite assignable : su satisfaccion es solo temporal, en cierto modo alimenticia; léjos de extinguir el deseo, lo conserva i lo anima, de manera que el hombre se encuentra siempre estimulado a hacer nuevos esfuerzos, a desplegar mas actividad industrial <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> ... Dum abest quod avemus, id exsuperare videtur  
Cætera; post aliud, quom contigit illud, avemus.

LUCRECIO, III, v. 1095.

« No bien el hombre se ha procurado un abrigo, dice Bastiat, cuando ya busca una morada; no bien se ve vestido ya quiere ataviarse; no bien ha satisfecho las necesidades de su cuerpo i ya el estudio, la ciencia i el arte abren delante sus deseos un campo sin límites.

» ¿ Veis aquel inculto i laborioso artesano? Habitado a un alimento grosero, a pobres vestidos, a una miserable habitacion, le parece que seria el hombre mas feliz si pudiese alcanzar al grado de la escala social que

La fuerza de este primer motor de toda industria es susceptible de acrecentamiento i de disminucion; pero no se desarrolla ni fatalmente, ni de un modo uniforme. Cuando la necesidad ha sido mucho tiempo contenida por la imposibilidad de obtener la satisfaccion a que ella tiende, se debilita de tal suerte que no recobra su elasticidad inmediatamente que el obstáculo llega a desaparecer, quedando inmóvil como un resorte que ha sido demasiado comprimido. Cuanto mas reducidas han sido las necesidades por la imposibilidad de satisfacerlas i el hábito, ménos fuerza tienen; i cuanto mas satisfechas, mas persistencia i enerjia. Así, todos los viajeros dicen que los salvajes agoviados por la dificultad de obtener la menor cosa de la naturaleza, tienen mui pocas necesidades: una vez que han satisfecho las que resultan de su miserable estado social, no piensan en imaginarse nuevas; el deseo que ejerce mas imperio sobre ellos es puramente negativo; es el de no hacer nada <sup>1</sup>. En las sociedades mas civilizadas se notan las mismas tendencias en las clases caidas desde mucho tiempo en la miseria; i esta depresion de las necesidades es uno de los mayores obstáculos que se oponen al advenimiento de los salvajes <sup>1</sup> de las clases miserables a la civilizacion.

divisa inmediatamente sobre él. Se admira de que los que lo han alcanzado se afanen todavia. Y en efecto, venga la modesta fortuna que ha soñado i se le verá feliz; feliz — si, pero por pocos dias.

» Porque mui luego se familiariza con su nueva posicion i poco a poco deja de sentir su pretendida felicidad. Viste con indiferencia el traje por el cual tanto suspiró. Se ha formado otro círculo, frecuente otras personas, de cuando en cuando lleva a sus labios otra copa, aspira a subir otra grada i, por poco que se observe a si mismo, conoce bien que si su fortuna ha mudado, su alma ha permanecido lo que era, una fuente inagotable de deseos. »

<sup>1</sup> Hace mucho tiempo que esta verdad ha sido observada. « Inspirádoles necesidades, dice un misionero residente entre los salvajes de Oya-poc, se les hará mas laboriosos i se verán ménos expuestos a las tristes consecuencias de la ociosidad. » — *Cartas edificantes*, t. VII, edicion de 1781.

La observacion psicológica nos indica la causa de este fenómeno. Fuera de las necesidades cuya satisfaccion es absolutamente indispensable a nuestra existencia i que se hacen sentir por un dolor físico, no se pueden imaginar otras sino por invencion o comparacion, es decir, por un acto del alma. — El hombre no obra sino despues de haber querido i no quiere sino despues de haber pensado: para que conciba un deseo i la esperanza de satisfacerlo por la posesion de un objeto determinado, es preciso que haya concebido ántes una idea de este objeto i de su utilidad. I esta concepcion es lenta en el hombre cuya intelijencia i voluntad, embotadas por una ociosidad e indolencia habituales, se han inhabilitado hasta cierto punto, como un miembro que ha estado largo tiempo paralizado.

La relijion, la instruccion, todas las opiniones humanas crean i destruyen necesidades. La civilizacion las multiplica o en otras palabras crea muchas necesidades i destruye pocas.

Las necesidades no se desarrollan de un modo uniforme: están sometidas a todos los caprichos de la voluntad humana, i no forman mas que una clase de nuestros deseos, que amenudo es sacrificada a los otros. No tenemos que tratar aquí ni de las combinaciones de nuestros diversos deseos, ni de su direccion, objeto de la fisiología social i de la moral. El economista, al definir la necesidad, no puede considerarla sino como un motor, una fuerza de intensidad variable, cuyas leyes no le compete investigar: bástale saber que existe esta fuerza en todos los individuos i en toda sociedad; que puede ser reducida hasta la aniquilacion o desarrollada sin límites asignables, i que su reduccion o su desarrollo causan una proporcional disminucion o acrecentamiento de la actividad industrial, de la accion del hombre sobre el mundo material.

Cuando la economía política atribuye este sentido pre-

ciso a la palabra *necesidad*, modifica ligeramente su acepción usual. Algunas veces, en efecto, se designan con este nombre todos los apetitos habituales del cuerpo, cualesquiera que sean su objeto o su naturaleza, como cuando se dice: «la necesidad de dormir.» Otras veces se aplica el nombre de necesidad unicamente al deseo que se considera legítimo, que a juicio de toda persona razonable debe ser satisfecho: así se dice en este sentido que una mujer pobre no tiene necesidad de diamantes. La significación que la economía política da a esta palabra no es ni tan extensa como la primera, ni tan limitada como la segunda; reconoce que la necesidad es un apetito, pero no da a todo apetito el nombre de necesidad: no admite por otra parte para calificar la necesidad la intervención del previo juicio de un tercero, porque todo juicio de esta clase es por su naturaleza arbitrario: considera la necesidad como un deseo individual o colectivo, bueno o malo, sensato o insensato, independiente de toda apreciación que no sea la de la persona o personas que la sienten, como una fuerza fisiológica.

La necesidad causa una sensación de dolor: es menester un esfuerzo para satisfacerla, i también para reprimirla. El hombre pasa su vida eligiendo a cada instante, entre estos dos esfuerzos, ambos dolorosos, el que le parece ménos. Cuando elige el primero, aplica sus fuerzas a un acto o a una serie de actos que toman el nombre de *trabajo*.

§ 3. — Del trabajo.

Se designa en general con el nombre de *trabajo* todo esfuerzo voluntario, dirigido a un determinado fin de los varios que puede tener por objeto la actividad humana. El trabajo industrial es aquel cuyo fin consiste en conservar, transportar o transformar una porción de materia para apropiarla a la satisfacción de nuestras necesidades.

Otros trabajos tienen por fin procurar riquezas a sus autores, por ejemplo, los del médico, del abogado, del artista dramático, del militar, del estadista, quienes, proponiéndose a veces obtener otra cosa que la riqueza, no pueden dispensarse de procurarse cierta parte de esta. Pero estos trabajos que producen a sus autores el goce de riquezas ya formadas i acumuladas, no las conquistan de la naturaleza de un modo directo; i por lo mismo el economista, al hablar de la producción i del consumo de las riquezas, no puede considerarlos sino por la influencia indirecta que ejercen sobre la industria, sin perjuicio de consagrarles mas atención en el estudio de las leyes de la apropiación.

El trabajo industrial tiene dos formas: o bien aplica positivamente las fuerzas del alma i del cuerpo del hombre a la transformación, al transporte o a la conservación de un objeto material, como cuando extrae minerales, labra la tierra, construye una casa; o bien consiste en un simple esfuerzo del alma, enteramente negativo en cierto modo, de pura abstención, como cuando previendo necesidades futuras ahorra las riquezas existentes. Esta segunda forma del trabajo, mas latente, mas interior que la otra, no es ni ménos fecunda, ni ménos difícil, i el hombre no es capaz de ella sino cuando ha llegado a cierto grado de desarrollo intelectual, cuando sus pensamientos abrazan juntamente el presente i el porvenir.

El trabajo industrial, cualquiera que sea su forma, exige un esfuerzo, una pena. Se ha escrito i sostenido sin embargo que es atractivo, que el hombre por gusto i por placer se inclina a transformar, transportar i conservar los objetos materiales que sus necesidades reclaman, i sobre esta afirmación se ha fundado todo un sistema de combinaciones sociales; pero el raciocinio i la observación directa protestan conformemente contra esta doctrina. ¿Cómo, si el trabajo industrial fuese un placer para el

hombre habria este concebido i perseguiria el pensamiento constante de libertarse de él lo mas posible? ¿Porqué en todas las lenguas humanas *trabajo i pena* son dos palabras casi sinónimas? Interrogemos a los historiadores i a los viajeros sobre las sociedades primitivas que ignoran las ideas i las costumbres de la civilizacion: todos, sin escepcion, han reconocido en los salvajes de toda raza, de todo tiempo, bajo todas las latitudes, la indolencia i el amor a la ociosidad. Obsérvese al niño i se notará en él cierta actividad espontánea pero no sin objeto. Despues de los movimientos que la curiosidad de conocer el empleo de sus miembros i las propiedades del mundo material le sujere instintivamente, como a todos los animales en su primera edad, esta actividad se debilita. Al principio tiene un objeto: el niño busca una flor, una cosa cualquiera, para tocarla, para destrozarla talvez; este es el principio del movimiento, del trabajo. Este trabajo sigue el impulso del deseo que lo enjendra; es inconstante, intermitente, desigual; disminuye a medida que el niño crece: ¿quién no sabe a costa de cuántos esfuerzos de coercion se somete el jóven a una aplicacion sostenida, ya del cuerpo, ya de la intelijencia, i cuánta pena es menester para disciplinar su voluntad i hacerle vigilante i previsor?

Mientras la prevision no nos hace sentir de antemano las necesidades futuras i ninguna fuerza exterior nos impele al trabajo, nos abandonamos a la pereza i no le quitamos sino lo que nos parece imposible dejarle. En esta situacion moral el hombre trabaja solo mientras está bajo la presion de una necesidad inmediata, como los salvajes, como los antiguos *lazzaroni* de Nápoles, los negros de Africa, i en menor grado todos los pueblos de la tierra, pues que todos son, propiamente hablando, mas o ménos perezosos.

Desde que la sociedad considera el trabajo industrial

como una necesidad i un deber, comienza la civilizacion. Pero el hombre no cesa por esto de aspirar a la ociosidad: recuerda como dichoso el tiempo en que la tierra le daba sin esfuerzo con que satisfacer sus pocas necesidades: el reposo le parece una recompensa i el trabajo un castigo: apesar de los desmentidos que le da cada dia la experiencia, mira a los ociosos como bienaventurados i espera la ociosidad en la vida futura. En vano todo se mueve, todo se modifica, todo cambia en torno suyo: él se mueve i cambia mal de su grado, i no avanza en la carrera de la civilizacion sino maldiciendo, como un esclavo haragan i obstinado, las necesidades que ella le impone i el trabajo que es su efecto necesario. El gusto por el trabajo i el sentimiento de sus goces son hijos del hábito i de la reflexion: siempre han sido el patrimonio exclusivo de algunos individuos privilegiados, i hasta ahora no ha habido pais ni pueblo en que hayan prevalecido como una inclinacion jeneral.

El hombre es libre de decidirse por el trabajo o por el reposo, i la observacion no deja duda alguna sobre el resultado de su eleccion. En esta libertad de elejir entre el esfuerzo i la privacion, naciones, razas enteras han optado por la privacion i no han concedido al trabajo sino lo que era imposible negarle sin perecer inmediatamente: otras naciones, otras razas han optado por el trabajo. ¿Cuál ha sido la suerte de las unas i de las otras? Las primeras se han extinguido o no han podido desarrollarse, sea que su eleccion haya sido determinada por un error doctrinal, o que se haya obedecido simplemente al instinto de pereza i de inmovilidad. Aun existe una antigua relijion cuyos sectarios dicen: «vale mas estar sentado que de pié, acostado que sentado, muerto que vivo;» que hace consistir la perfeccion en la contemplacion, i la felicidad suprema en el anonadamiento en el seno de Dios. ¿Qué progresos ha hecho en el mundo la raza injeniosa i sabia que ha

aceptado esta religion, i que yace hace tantos siglos a las márgenes del Indo i del Gánjes en la abjeccion i en la servidumbre? ¿Qué ha sido de las tribus salvajes i de las razas degeneradas que han hecho consistir el bienestar en la ociosidad?... Una pequeña porcion de la especie humana ha creído al contrario que el hombre ha sido creado para el trabajo: apesar de sus errores i de sus miserias, ella domina hoi el mundo; superior en ciencia, en fuerza, como tambien en moralidad i en virtud, al resto de la humanidad. Tal ha sido tambien la suerte de los individuos i de las familias segun la eleccion que han hecho entre la ociosidad i el trabajo: los que han elegido el trabajo han durado i crecido; los que han preferido la ociosidad han desaparecido rápidamente de la tierra, o han arrastrado una vida estéril i miserable.

¿Luego esta tendencia a la inaccion, que es una de las pasiones permanentes e inextinguibles del hombre, es radicalmente mala i ha de ser, no solo reprimida, sino tambien suprimida, si fuese posible, por el arte i la educacion? De ningun modo: como todas las pasiones fundamentales esta cabe i llena su fin particular en el arreglo de nuestra vida: es una fuerza natural que la razon está llamada a dirigir, i de que aun se deriva para ella un principio de accion. El hombre, en su afan de colocarse siempre en condiciones en que el trabajo le sea ménos penoso, substituye incesantemente el trabajo intelectual o moral al trabajo físico o corporal, i aumenta así su poder sobre la naturaleza. Cuántas personas trabajan positivamente de uno u otro modo, o por medio del ahorro, ya para procurarse un reposo, o para procurar a sus hijos el pretendido bienestar de la ociosidad! La razon saca tambien de nuestra sed de reposo una regla de accion, constante, sin escepcion, que es la lei soberana de toda industria: nos enseña que el instinto perezoso no existe para impedirnos trabajar, sino para guiarnos en cada uno de nuestros actos

industriales a alcanzar el objeto de nuestros deseos empleando la menor suma posible de trabajo.

Así, estos dos móviles primitivos, que a primera vista parecen opuestos, i de los cuales el uno, la necesidad, nos impele directamente al trabajo, miéntras el otro, el deseo del reposo, nos atrae a la ociosidad, obran en el mismo sentido i tienden al mismo fin, *satisfacer nuestras necesidades con la menor suma posible de trabajo*, o en otros términos, aumentar incesantemente el poder de nuestro trabajo. Esta lei de progreso, desde mucho tiempo reconocida i formulada por los mecánicos, es el axioma de que arranca toda ciencia industrial i la industria misma.

El sentimiento de esta lei ha enjendrado el *arte*, combinacion intelectual i moral cuyo fin es, ora aumentar el resultado de un determinado esfuerzo industrial, ora obtener el mismo resultado por un esfuerzo menor; porque de uno o de otro modo indiferentemente se aumenta el poder del trabajo.

El arte es el ideal, el prototipo de la industria, el pensamiento que procede a toda accion voluntaria del hombre i la dirige: se forma por una serie de inventos sucesivos, fruto de grandes i penosos esfuerzos, conservados por la memoria i transmitidos de un individuo a otro por la enseñanza. Pero este arte, en cualquier estado en que se le consideré, no constituye un trabajo, una pena, sino un modo de ser, resultado de un trabajo anterior: es el alma de la industria, el principio por el cual esta vive, i no obstante nace, se desarrolla i se conserva en cierto modo fuera de ella.

En efecto, los trabajos del pensamiento, cualquiera que sea su fin, no pueden ser calificados como industriales miéntras permanecen en el estado de puras concepciones, i no se manifiestan ni por un acto material, ni por aquella abstinencia a que se da el nombre de *ahorro*. Cuando se manifiestan por un acto material, como la fabricacion de

un libro o de un modelo de máquina, el pensamiento que los ha enjendrado no se incorpora en manera alguna al libro ni al modelo : pueden ser apropiados, transferidos, destruidos, sin que aquel pensamiento sea apropiado, transferido, ni destruido, como que tiene sus condiciones propias de existencia i el carácter inmaterial de poder servir a la vez a un gran número de inteligencias sin sufrir ningun desmedro, de ser invisible, impalpable, casi indefinible, i sin embargo de ser la vida misma, al paso que el trabajo industrial se incorpora a un objeto, con el cual es susceptible de apropiacion i con el cual perece.

La enseñanza por cuyo medio se trasmite el arte industrial de un país a otro o de un tiempo a otro, da lugar a un trabajo, pero que no es industrial : tiene por objeto, no la materia, sino al hombre : es social.

El arte, cualquiera que sea su estado, es la causa primera del poder del trabajo industrial : lo estudiaremos en sus aplicaciones principales cuando investiguemos los elementos i condiciones de aquel poder, que, gracias al arte, es susceptible de aumentarse sin límites conocidos o asignables.

§ 4. — Riquezas. — Servicios.

Así como el trabajo es enjendrado por la necesidad, las riquezas son enjendradas por el trabajo.

Tres cualidades distinguen los objetos comprendidos bajo el nombre jenérico de *riquezas*; sirven a la satisfaccion de necesidades humanas, es decir, son útiles, materiales i apropiados.

Las riquezas, consideradas respecto a su orijen, son naturales o artificiales. Las primeras son las que la naturaleza ofrece directamente al hombre i que este puede sin trabajo previo aplicar a la satisfaccion de sus necesidades: tales son los frutos espontáneos de la tierra, i la tierra misma i la materia en jeneral en sus formas primitivas;

las segundas son aquellas cuya utilidad es el resultado del trabajo del hombre. Por lo demas, cualquiera que sea el orijen de los objetos llamados *riquezas*, no tienen esta denominacion sino en cuanto reunen los tres caracteres que acabamos de indicar.

No es necesario insistir sobre la utilidad : todos convienen en que lo que no es deseado por nadie no puede ser comprendido entre las riquezas. Pero no existe esta misma unanimidad respecto a la materialidad i a la apropiacion, sobre las que diremos por lo mismo dos palabras.

Conviene advertir primeramente que al hablar de apropiacion tomamos esta palabra en su mas lata acepcion, indicando con ella indiferentemente la apropiacion por un individuo, por una familia o por una sociedad. Así son riquezas el territorio ocupado por una nacion, un camino, un puerto, un canal, una iglesia, un palacio de gobierno o de justicia, un arco de triunfo, las fortalezas, los cañones, las armas de toda especie, las municiones de guerra, i lo son tan propiamente como los objetos que componen la fortuna de los individuos i de las familias. No hai un centímetro del territorio de Francia que no esté apropiado a las necesidades particulares de tal persona, familia o corporacion, o a las necesidades colectivas de la sociedad: todas las porciones de este territorio que no son de propiedad privada pertenecen al Estado : este es un hecho que resulta de la constitucion social i de la definicion misma de la soberanía. Imagínense todas las transformaciones sociales concebibles hasta el comunismo inclusive, la apropiacion no dejará de existir nunca ; la apropiacion social puede sustituirse a la apropiacion individual i esta a aquella; pero fuera de la una i de la otra es imposible concebir la existencia de cualesquiera riquezas.

Cuando la tierra es apropiada, lo son igualmente el aire, el agua i la luz : el soberano tiene la facultad incontestable de permitir o de prohibir la entrada al territorio de una

21234

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1920. 2025 MONTERREY, MEXICO